Relíquias de España

Escribe Aniceto Playa

En el potente y lujoso automóvil de Ramón Sopena, el cultísimo millonario catalán, principal accionista y gerente de la gran casa editorial de su nombre, una de las más importantes de España; y acompañados del Doctor Máximo Terán Valls (1) y de Rafael de Cortada, Ministro de Costa Rica en España y Portugal el primero y Cónsul en Barcelona el segundo, emprendimos la marcha hacia Madrid desde la ciudad Condal.

El coche vuela por la ancha y bien pavimentada carretera, una de las mejores de Europa, que España debe a la tenacidad y férrea voluntad de un discutido hombre, que en vida se llamó don Miguel Primo de Rivera, Marqués de Estella; político que en sus siete años de dictadura no derramó una sola gota de sangre y del cual dijo un escritor inglés: *Spain, with Primo de Rivera, had not a dictadura, but a dictablanda* (2). El adelanto de España con sus grandes obras de irrigación, con sus grandes centrales eléctricas, con sus miles de kilómetros de carreteras, sobre todo la internacional, que atraviesa toda España, con la gigantesca Ciudad Universitaria, la pacificación total de Marruecos, aventura que le costó a España, en cumplimiento del Tratado de Algeciras, torrentes de sangre moza y sobre todo el haber muerto fuera de su patria, más pobre que cuando subió al poder, son factores que la historia tendrá que tener en cuenta para su imparcial juicio.

Con todo y habernos detenido en Zaragoza para visitar a la Virgen del Pilar y de haber almorzado y parar unos momentos en Guadalajara y Alcalá de Henares, llegamos a la capital de España, sin el menor contratiempo, en nueve horas, después de recorrer setecientos kilómetros.

A la mañana siguiente y como un imperativo deber, fuí al Consulado de Costa Rica, para cumplir con el triste encargo de averiguar sobre la suerte de dos costarricenses, que lucharon en España al lado de los Nacionalistas en la pasada guerra civil y la de un doctor español, con entronques en Costa Rica. El Cónsul me enteró que hacía apenas ocho días que había mandado toda la documentación del caso a su Gobierno. Uno de ellos, profesional nacido en el Guanacaste, murió asesinado en el cuartel de la Montaña de Madrid; el otro, en las calles de Barcelona y el doctor estuvo preso dos años y pude dar con él sano y salvo, y así poder dar a sus familiares de Costa Rica la alegre noticia. Este doctor es el único heredero de una señora que murió misteriosamente en Costa Rica, hace como dos años, cuyo proceso está en uno de los juzgados penales de esta ciudad.

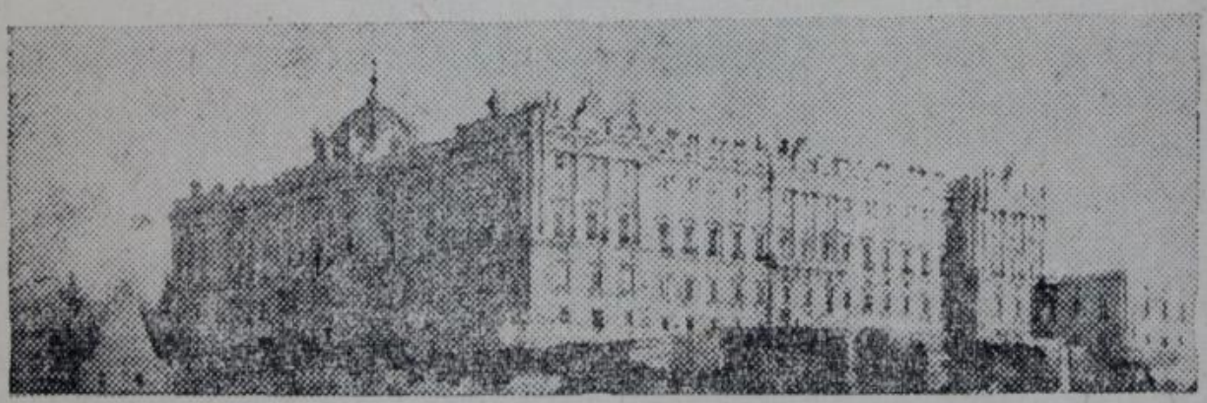
---

(1) El Consulado de Costa Rica en Barcelona, fué servido por largos años, ,por el hoy encargado de negocios, Doctor don Máximo Terán Valls. Al igual que el de Madrid, este Consulado estaba magníficamente instalado y su cónsul no escatimaba ocasión para servir a Costa Rica, y a la humanidad, pues durante la pasada guerra civil, al igual de otros consulados, salvó algunas vidas.

(2) España, con el Gobierno de Primo de Rivera, no es una dictadura, sino una dictablanda.

El Consulado de Costa Rica en Madrid, que por muchos años estuvo instalado en la calle del Barquillo número 5, estaba por trasladarse a la calle de General Castaños, a cincuenta varas del paseo de la Castellana. No creo yo que Costa Rica haya estado representada en el mundo, mejor que como lo estuvo en los largos años que la representó don Adrián Martín Lanuza, y digo la representó, porque desgraciadamente hace como dos años dejó de existir. Era don Martín una persona de vastísima cultura, un fabuloso capital y una espléndida posición social. Era un apasionado de las bellas artes y su casa, que era un verdadero museo, valía millones. Las paredes estaban materialmente cubiertas de magníficos cuadros y tapices, y en infinidad de armarios estaban guardados jarrones, porcelanas, camafeos, relojes, miniaturas, etc., etc., de un valor intrínseco inmenso. Eran tantos, que estaban repartidos en toda la casa; en los dormitorios, en el comedor, en los corredores y hasta en la cocina había riquísimos trastos. Entre las bellezas de don Martín, había un Rivera, un Zurbarán, dos Goyas, un Velásquez y un Sánchez Cuello valorado en un millón de pesetas. Un amigo de don Martín me decía que le habían ofrecido tres millones de pesetas por todo lo que poseía y que se negó a venderlo, entre otras razones, porque el comprador era extranjero y necesariamente tenía que sacar de España lo comprado.

Hablamos de Costa Rica, que de ella habla como si la conociera. Hizo recuerdos cariñosos de don Manuel María Peralta, y me habló con simpatía de don Ricardo Fernández Guardia, don Alejandro Alvarado Quirós y de don Alberto Echandi; ilustres costarricenses que don Martín conoció durante los largos años de ejercer el Consulado.



Vista general del Palacio Real de Madrid, tomada desde el Campo Moro

Madrid sufrió mucho en la pasada guerra civil. Desde la mitad de la calle de la Princesa, hasta la Ciudad Universitaria, pasando, desde luego, por el Barrio Argüelles, todo está en ruinas.

Me preparo para visitar los lugares que me propongo describir. Empezaré por el Palacio Real. Está cerrado. El Gobierno tiene su asiento en Burgos. Esta circunstancia me favorece, pues así podré verlo a mis anchas. Llevo una orden del Superintendente de Palacios, que allana cuanta dificultad se presenta. Me dan como acompañante a un simpático anciano, como de unos setenta y cinco años. Cincuenta de ellos los pasó al servicio de la

Monarquía y el palacio no tiene secretos para él. Entró como mozo de retrete y por su bondad y lealtad, llegó a ser uno de los domésticos favoritos de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, y lo demuestra el hecho que sirvió la última cena al Monarca, el día 14 de abril de 1931, pocos momentos antes que S. M. saliera de España para siempre. Con lágrimas en los ojos, me relata el hecho. Don Alfonso comió poco; su único compañero, su primo, el infante del mismo nombre, menos. Después de la cena los acompañé a las caballerizas reales, para tomar el automóvil y luego salir de Madrid. La escalera que bajaron y las caballerizas no existen. Son los únicos daños serios que sufrió el Palacio de Oriente. Este anciano vió nacer a todos los hijos de Don Alfonso y de Doña Victoria Eugenia, y cuando de ellos habla su emoción es grande. Cuando el advenimiento de la República, perdió su puesto; y durante el tiempo de ella, todos los días se sentaba en un banco de la plaza de Oriente, para contemplar durante largas horas, el Palacio de sus

S. M. Don Alfonso XIII. Murió en Roma el 28 de febrero de 1941

Soberanos. El cambio de régimen le devolvió su puesto y sólo pide a Dios le conserve la vida para ver sentado en el trono de sus mayores, al Rey Don Juan III. Al decirle que estoy preparando viaje a Roma, para visitar al Rey Don Alfonso XIII (3), para ratificarle mi adhesión de toda mi vida, me dice que le diga lo contento que está con la cariñosa carta que del Monarca recibió; carta que con orgullo me enseñó el leal servidor. Este fiel y leal español, es un vasco fornido y bonachón, y su nombre es Juan Isurieta y Surieta.

---

(3) El autor de este artículo, visitó el Palacio Real de Madrid a fines del año 1939, y por lo tanto, S. M. el Rey Don Alfonso XIII vivía en Roma. Este gran Monarca murió en la citada capital el 28 de febrero del año 1941, y está enterrado, provisionalmente, en la Iglesia de Monserrat. Sus últimas palabras fueron: "Díganle al general Franco, que mantenga a España apartada de la guerra.

Subimos por la escalera principal y al estar en el relleno superior de la misma, me dice mi acompañante: aquí donde está usted parado, estuvo el valiente general Don Domingo Dulce, que con sus alabarderos defendió esta escalera, para que los sediciosos y las tropas sublevadas, no pudieran llegar a los dormitorios de las Princesitas, para raptarlas.

Viene a mi memoria una interesante página de la historia de España, que glorifica la abnegación, la lealtad y el valor.

Por un golpe de estado, cosa muy frecuente en el pasado siglo, el general Espartero, quita la Regencia de España a la Reina María Cristina, viuda de Fernando VII y por lo tanto madre de la pequeña Reina Isabel II. El general O'Donell, tramaba otro golpe para llevarse a la Reina y a su hermana. la princesita, a las provincias Vascongadas, donde acudiría la Reina María Cristina, para volver a gobernar a España, durante la minoría de edad de su hija Isabel II. La delicada misión de apoderarse de las princesitas, fué encomendada a los valientes generales Diego León y a Concha. En la tarde del día 7 de octubre de 1840, el general Concha sublevó el Regimiento del Príncipe y dirigióse al Palacio, en cuyas escaleras fueron detenidos por la guardia interior, formada por los alabarderos, con su Jefe a la cabeza, aguantando largo tiempo, hasta ser reforzado por la guardia nacional, teniendo que retirarse los sublevados. Fracasado el movimiento, se retiraron los Jefes y en la refriega de la calle, el general León perdió su caballo, saliendo a pie por la carretera de Castilla y divisando, ya cerca de Colmenar Viejo, a un escuadrón de húsares que lo perseguía; esperó tranquilamente que lo prendieran. No quiso escuchar el general León las súplicas del Jefe de la fuerza, antiguo ayudante suyo, capitán Laviña, para que escapara, ordenándole León que cumpliera con su deber y se lo llevara prisionero a Madrid. Ya en la capital de España, ordenó el general Espartero formarle consejo de guerra y en vista de los documentos comprometedores y de las mismas declaraciones de León, que reclamaba para sí todas las responsabilidades, fué condenado a muerte. Se cumplió la sentencia y el general Don Diego de León, conde de Belascoin, murió con la misma valentía que había vivido. Pidió y obtuvo mandar el pelotón de fuego que lo fusiló. Sus últimas palabras al cura que lo asistió en sus últimos momentos fueron: "Se me figura que no me van a dar, son tantas las veces que me han tirado de cerca y no me han acertado."

En el Museo de Artillería de Madrid está la banda de la Orden de Isabel La Católica, agujereada y ensangrentada. Fué la única condecoración que se puso al morir. El día de su muerte fué de luto para España y sobre todo para Madrid, que cerró su comercio y en los balcones de las casas colgaban crespones negros. También fueron fusilados por la misma causa, los generales Borso di Carminatti y Quiroga y el ex-ministro Montes de Oca y otros. Las dos figuras centrales de la tragedia, generales Dulce y León, se inmortalizaron por su valor indomable.

La Condesa de Espoz y Mina, aya de las infantas, narra lo sucedido, en su parte oficial al Regente, con una sencillez y elegancia encantadora.

El general Espartero, como siempre, no supo ser magnánimo y pudo más su pasión política que la voz de toda España, que le pedía el indulto del valiente León, que se cubrió de gloria pocos años atrás, defendiendo a la Monarquía.

La escalera, llamada de honor, es de tipo imperial, con sus peldaños y balaustradas de mármol, muros con arcadas y bóvedas con pinturas de Conrado Jiaquinto, que representan tiempos de España y de la Iglesia; y alegorías de las partes del mundo y de los cuatro elementos.

El gran salón del trono es rectangular y severa grandeza, y ocupa el centro de la fachada principal. Las paredes y el dosel están tapizadas con terciopelos rojos, bordados en oro; la bóveda ostenta la célebre pintura de Juan Bautista Tiépolo, representando la Monarquía Española, la gloria de Carlos III y las provincias españolas, enorme composición de figuras mitológicas o alegóricas. En los ángulos y sobrepuertas hay medallones con relieves de Roberto Michel.

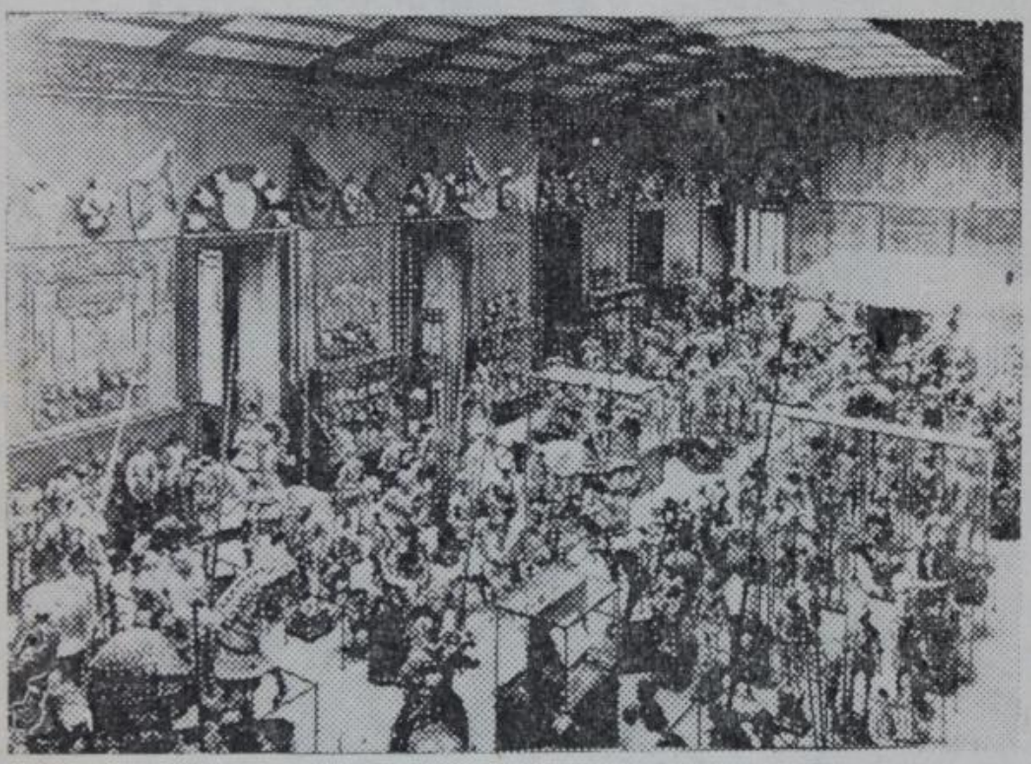
Todos los demás salones, muy suntuosos, sobre todo los llamados Gasparini y Carlos III. El comedor de gala es uno de los mejores de Europa. Las bóvedas tienen pinturas de Maella, Velásquez, Bayen y Mengs Hay profusión de muebles, porcelanas y espejos bellísimos.

La Capilla Real, es de planta cruciforme, con cúpula central. Las paredes tienen un orden compuesto, con columnas de mármol y capiteles dorados, sobre cuyo cornisamento hay ricos arcos abocinados, que sustentan las pechinas y la cúpula, con pinturas de Jiaquinto. En el fondo, hay un altar riquísimo, en cuyo centro está la imagen de San Miguel, de Bayen, en el testero otro, con la Anunciación, obra póstuma de Mengs. A los pies está la tribuna Real y encima el coro.

El decorado de la llamada Cámara Nupcial, llama la atención por su riqueza y por las bellas pinturas que decoran el techo y las paredes.

El despacho, que fué de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, (Q. E. D.) es de una elegante sencillez. El decorado es de muy buen gusto. En el centro hay una mesa de grandes proporciones, en la que se celebraban los consejos de ministros. Está tal como la dejó el Monarca. Sobre ella están las carteras de cuero primorosamente repujadas. Me siento en esta mesa, para tomar los apuntes para este artículo. Sobre la mesa también hay un lujoso libro ricamente empastado; es el Libro Oficial de España, con dos bellas fotografías de los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria Eugenia. Este libro es una especie de enciclopedia; en el están todos los nombres ilustres de España, toda la nobleza, todos los títulos del reino y los Pontificios, los nombres de los integrantes de las Ordenes del Toison de Oro, de Isabel La Católica, de Carlos III, de María Luisa, de San Fernando, etc., etc., y los nombres de los integrantes de las órdenes de Calatrava, Alcántara, Santiago y Montesa, fundadas en los lejanos años de 1165, 1158, 1175 y 1316 respectivamente. Están los Maestrantes de Ronda, Sevilla, Granada, Valencia y Zaragoza. Todos los Diplomáticos Españoles y los extranjeros residentes en España; todos los Académicos nacionales y extranjeros, y los presupuestos y gastos, lo mismo que el de todos los Ministros, Gobernadores, Militares, Audiencias, Universidades, etc., etc. Más tarde en Burgos, se me obsequia un ejemplar de ese libro, el cual me será de gran utilidad para mis artículos "Reliquias de España". Al ojear el Capítulo concerniente a la Casa Real de España, veo con gran sorpresa los *"enormes sueldos y despilfarros"* de la Monarquía. La ignorancia de unos pocos y la mala de los más, explotaron hasta la saciedad, los gastos de la Corona, que según ellos era la ruina de España.

A título de curiosidad voy a dar la lista oficial de los sueldos, en pesetas de aquel tiempo (año 1930 y la mitad del 1931, que cayó la Monarquía), que tenían la equivalencia del colón de Costa Rica. La Duquesa de San Carlos, que era la Camarera Mayor del Palacio, ganaba 6.000 pesetas al año; el Mayordomo Mayor del Palacio, Duque de Miaranda, 15.000 al año; el Caballerizo Mayor, Conde Maceda, 15.000 al año; el Director General de las Reales Caballerizas, que lo era el Duque de la Unión de Cuba, 7.500 al año; el Intendente General de la Real Casa, 6.000 al año; el Comandante General de Alabarderos, que lo era el Conde Xuaen; el Mayordomo de la Reina, Marqués de Bendaña, y el Montero Mayor, Marqués de Villanueva, ganaban 10.000 pesetas cada uno por año. Además, habían nueve Mayordomos de Semana, que ganaban 7.500 cada uno y por año; diez Gentiles-hombres de



Armería Real del Palacio de Oriente. Al fondo de la foto, nótase la tienda de campaña del Rey Francisco I de Francia, que tomaron los españoles en la memorable batalla de Pavía

Casa y Voca, que ganaban 2.500 por año cada uno; once Monteros de Espinosa y trece Inspectores de los Reales Sitios, con los mismos sueldos de los Gentiles-hombres; catorce ayudantes militares con dos generales, dos almirantes, cuatro coroneles y el resto de menor graduación, devengaban los sueldos del presupuesto de Guerra y Marina. Tenemos pues, que el que ganaba más eran 1.250 pesetas o colones al mes, y el promedio era de 454 colones al mes, cantidad que estoy seguro no les alcanzaba para los uniformes y gastos de representación.

Lo que verdaderamente llama la atención, es la Armería Real. Es una de las principales de Europa, por no decir la mejor. La base principal para la formación de este museo, fué la armería particular del Emperador Carlos V.

Después el Rey Felipe II otorga toda su protección a lo que se llamará más tarde, Armería Real. El segundo núcleo lo forman las armas personales de Felipe II y las de sus antepasados, traídas de Segovia y Valladolid. Los monarcas sucesivos imitan el ejemplo del fundador y lo enriquecen. El Rey Carlos III, donó, entre otras, una panoplia con armas blancas y de fuego, que le envió el Emperador del Japón en el año 1787, con una Embajada Extraordinaria. Quizá lo más interesante del museo, es la armadura que llevaba el Emperador Carlos V en la toma de Túnez; y la tienda de Campaña del Rey Francisco I de Francia, que perdió en la batalla de Pavia.

Armería Real. Armadura del césar español, Carlos V, que usó en la conquista de Túnez

La invasión francesa del año 1808, causó grandes destrozos en el museo y depredaciones de enorme cuantía, entre otras, el haberse llevado el Mariscal Murat, la espada de Francisco I de Francia, que también tuvo que entregar a los españoles en Pavia. El célebre día dos de mayo, el pueblo de Madrid, invadió la armería, en busca de armas para combatir a los franceses, y en tal jornada desaparecieron piezas de gran valor intrínseco y de enorme precio.

En la Real Armería dió José Bonaparte, un baile a sus partidarios y para habilitar el Salón Principal, fueron trasladados y amontonados los ob-

jetos en las bohardillas. El Museo sufrió mucho en el año 1884, con motivo de un terrible incendio; muchas banderas y otros objetos de valor, fueron pasto de las llamas, pero a más de salvarse todas las de acero y otros metales, se descubrieron algunas otras armas preciosas, en una pieza tapiada, desconocida, entre el Salón y el arco de la entrada a la plaza.

Decoran las paredes del museo, banderas, armas y algunos tapices de la Real Casa, los cuales no tienen rival en el mundo; entre ellos, cuatro paños de Bruselas, tejidos en oro y seda, representando las batallas del Archiduque Alberto en Flandes, y doce más de las llamadas *galerías* y *boscajes*.

El Rey Alfonso XII, enriqueció la Armería, con piezas de gran mérito, adquiridas de las célebres colecciones de las casas ducales de Osuna e Infantado.

La Reina María Cristina, donó también muy buenas armas y mandó restaurar la tienda de Francisco I.

Hay una rica armadura del Rey Felipe II, donada por el Gobierno Francés al Español en el año 1914.

Están las espadas del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, la de Don Juan de Austria, la de Francisco Pizarro y otros capitanes que inmortalizaron el nombre de España, a la par del de ellos.

Hay coronas y cruces visigodas del siglo VII. Está la silla de manos de Felipe II y la litera de campaña del Emperador Carlos V.

Muy interesante es la iglesia de las Salesas. En ella está enterrada, en una magnífica tumba de Gutiérrez y Sabatini, el Rey Don Fernando VI. La iglesia es fundación de Doña Bárbara de Braganza. Es un templo de inusitada suntuosidad. Un atrio con una notable verja le precede, con lo que se luce la fachada. Está compuesta la iglesia de una nave en Cruz, con cúpula. Al altar acompaña la tribuna Real, de talla dorada, el más espléndido ejemplar español, de *mueble* Luis XV. En el brazo de la Epístola, el crucero, álzase soberbia y bellísima la tumba del Rey Fernando, que es una urna sostenida por leones, con figuras alegóricas de la justicia, la abundancia y el tiempo. Al otro lado está la tumba del general O'Donell, de estilo plateresco, con una magnífica estatua yacente, obra de Suñol. Detrás del sepulcro de Don Fernando, en la capilla particular, está el de Doña Bárbara de Braganza.

La Puerta del Sol, es lo más conocido y típico de Madrid. Su historia es muy interesante. Allí se trasladó la puerta de Guadalajara y su nombre permite suponer, que la colocaron en lo que es hoy centro de esta plaza, mirando a la Carrera de San Jerónimo. En la lucha de las comunidades de Castilla, fué convertida en castillo. La primera noticia de esta puerta, la dió López de Hoyos en el año 1570, diciendo que había sido derribada para ensanchar, una tan principal salida. Aquel extraño recinto, componíase de casas ruines, con uno o dos balcones en cada piso. Sólo en el terreno que ocupa el Ministerio de Gobernación, había más de treinta, que formaban con otros edificios miserables, una calle de codo, que se llamó del Cofre.

Entre las calles Mayor y Arenal, en el solar donde se levantó después, el palacio de los Condes de Oñate, derribado a principios de este siglo, cuya puerta principal se llevó al Museo Arqueológico, estaban las Mancebías públicas, trasladadas por el Rey Carlos I al solar que hoy ocupa la iglesia del Carmen, en la calle de este nombre.

Semejante, por su mezquindad, a las casas de la Puerta del Sol, fué un hospital, construído en el año 1529, entre la calle de Alcalá y Carrera de San Jerónimo.

En el año 1808, con la manifestación contra Murat, y la valerosa defensa contra los soldados franceses, la Puerta del Sol, comenzó a ser el escenario de la vida madrileña. En este lugar aplaudieron a Fernando VII, después del motín de Aranjuez, lo mismo que al ejército aliado que mandaba el Duque de Wellington.

En ella fué proclamada la Constitución de Cádiz, y fué quemada cuando Fernando volvió de Francia. Por la Puerta del Sol, entraron en triunfo, Riego, Quiroga y Arco Agüero, y por ella pasaron los soldados de Angulema. En el mismo sitio, detuvo el cura Merino, el coche de Fernando VII, mientras le presentaba la Constitución, diciéndole: "trágatela, tirano". De la Puerta del Sol partió el tumulto, que desarmó a los realistas, con el pretexto de que los frailes habían envenenado las aguas, invadiendo los conventos, para degollar a los frailes.

No hay en la Puerta del Sol, un solo palmo de terreno, que no haya estado alguna vez teñido de sangre. Ya en el dos de mayo de 1808, ya en el siete de julio de 1822, ya en el año 1835, luchando contra el segundo regimiento de Ligeros, ya en 1836, al proclamarse la Constitución del año 12, ya en las tentativas republicanas de 1848, ya en los movimientos revolucionarios de 1851 y 1856, ya en la famosa caza estudiantil de la noche de San Daniel. Todo se ventilaba en la Puerta del Sol. Cien veces, la casa de correos fué convertida en ciudadela, y la Puerta del Sol, en plaza de armas, emplazándose los cañones en sus numerosas bocacalles.

La Puerta del Sol fué teatro de atropellos inicuos y de las represalias atroces de los soldados de Napoleón y desde aquellos días, toda manifestación popular, todo motín, algarada o festejo público, estaba en ella debidamente representado.

La Puerta del Sol es un hervidero de gente, noche y día. Once calles de las más importantes de la Villa y Corte, desembocan en ella. La cantidad de tranvías y automóviles que pasan por ella es fantástica. El suelo de la plaza está minado, para las líneas de tranvías subterráneos.

La plaza de Oriente es la mayor de Madrid. Tiene 335 varas, desde la calle de San Quintín a la de Requena, y 238 desde el Palacio al Teatro Real. José Bonaparte, la engrandeció y hermoseó, derribando varias manzanas, que comprendían los conventos de San Gil y Santa Clara, la parroquia de San Juan, la Biblioteca, el jardín de la Priora y cincuenta y seis casas de aspecto viejo y vulgar.

La plaza tiene 44 estatuas de Reyes, de gran tamaño, pero desgraciadamente todas están mutiladas, a causa del salvajismo de las turbas, en la pasada guerra civil. La mayor parte les falta la cabeza y los brazos, que fueron rotas a punta de mazo.

Esta plaza es el lugar predilecto de los niños y de los viejos.

La Plaza Mayor es tan famosa como la Puerta del Sol. Esta plaza se puede decir que representa la historia de Madrid. En el siglo XV, se llamaba plaza del Arrabal. En tiempo del Rey Felipe III, tenía 120 x 145 varas. Las casas, que fueron 68, tenían todas cinco pisos, además de los portales y bóvedas, pudiendo alojar en sus 476 balcones corridos, 50.000 personas, para presenciar las Fiestas Reales, que allí se daban. Las fachadas eran de ladrillo y tenían azoteas con barandilla de hierro. Uno de aquellos balcones conocido por el *balcón de la Marizapalos,* fué improvisado en una noche, para que pudiera presenciar cierta fiesta, una favorita del Rey Felipe IV, que no tenía donde colocarse. También el Rey Carlos III improvisó otro, para la marquesa de Esquilache, a la cual había dejado intencionalmente sin lugar la Reina.

En el año 1599, para celebrar la llegada de la reina Margarita, se cubrieron los cuatro lados de la plaza, con veinticinco aparadores, en los cuales el gremio de plateros colocó las joyas y juegos de oro y plata labrados. En el año 1620, se celebró allí, la beatificación de San Isidro, con procesiones, danzas, mascaradas y encamisados, por espacio de varios días y se dispuso un gran castillo de fuegos artificiales. En el año 1621, fué degollado en esta plaza, Don Rodrigo Calderón, Conde de la Oliva y Marqués de Siete Iglesias. Este célebre personaje dió origen a la conocida frase de *"tiene más orgullo que Don Rodrigo en la horca"*. Murió el de Siete Iglesias, arrepentido de sus culpas, con gran valor y dignidad. Sus muchos enemigos, fueron movidos a compasión, reconociendo que su ejemplar muerte, podría lavar los muchos yerros de su vida.

La historia de Don Rodrigo es muy interesante. Del Servicio del Vice-Canciller de Aragón pasó al del Duque de Lerma. Consiguió captarse las simpatías de aquél poderoso personaje, hasta el punto que el Rey Felipe III, lo admitió como ayuda de cámara. Su talento, sus travesuras y su carácter alegre, le granjearon por completo la confianza del Monarca, que lo casó con Doña Inés de Vargas, concediéndole como regalo de boda, el hábito de Santiago, y la encomienda de Ocaña, y lo nombró capitán de la guardia Alemana y Consejero de Estado.

(Continuará)